

DON FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

Visitamos frecuentemente a don Francisco, y siempre le sorprendemos leyendo algún enorme libro, ayudado de su gran lupa. El director de la Real Academia Española sigue siendo un lector infatigable. El día 28 de enero ha cumplido sus ochenta y ocho años y sigue tan activo como en su mocedad ursanoense. Escribe sus colaboraciones habituales, contesta su correspondencia, recibe visitas, ordena ediciones de sus libros y sigue al día, con gran detalle, todos los acontecimientos de la vida literaria nacional.

Le preguntamos:

—¿Cuál es el secreto de su longevidad, don Francisco?

El señor Rodríguez Marín como en él es hábito, se lleva su mano izquierda al pabellón de la oreja del mismo lado y contesta:

—Siendo hijo de padres sanos y usando, pero sin abusar, de la vida, no es difícil llegar a viejo en condiciones pasaderas. Este secreto, si lo fuera, está enunciado en tres palabras latinas, que antes fueron griegas, y estuvieron inscritas en el templo de Delfos: «Ne quid nimis» (De nada demasiado). Nuestro vulgo lo dice muy claramente en una frase suya: «Un ten con ten».

—En la distribución de las horas del día tal vez influya el éxito de sus actuales aptitudes, ¿no?

Quizá. Mientras pude, las dividí en tres porciones iguales: ocho para dormir, ocho para trabajar y ocho para las demás cosas; pero como no dormía ocho horas, sino siete, lo sobrante era aumento para la jornada de trabajo.

DON PIO BAROJA

Esta tarde hace frío. Por eso quizá Baroja no haya salido de su hogar. Si no, a estas horas es posible estuviera en esa tertulia suya de una librería de viejo de la calle de San Bernardo. El autor de *El mayoralgo de Labraz* está frente a nosotros, sentado en un sillón y recogidas las piernas en la abrigada caricia de una manta. Nos explica:

—Me pongo así, ¿sabe?, porque no han encendido hoy la estufa, y claro... Usted dirá.

A Baroja le decimos todo lo que a él nos lleva, sin rebozos, sin el temor de lesionar su coquetería:

—Venimos a incluirle en una encuesta donde desfilarán viejos de vida fecunda...

El afronta con resolución el temor a molestarle:

—Nadie me va a quitar los setenta años que tengo.

Yo ya se que soy anciano...

—¿Qué vida hace usted, don Pio?...

—Madrugó: por las mañanas suelo pasear por el Retiro, que está cerca de aquí, doblando la esquina de Alarcón y Antonio Maura.

Luego, almorzar, leer y escribir... Y otras tardes marcho a la peña que tengo con unos amigos en una librería

de la calle Ancha. Le preguntamos sobre su labor literaria actual:

—Estoy preparando una novela, cuyo título será: *El caballero de Herráiz*... La voy escribiendo poco a poco.

«AZORIN»

«Azorín» anda despacio, con pasos solemnes, casi rituales. Luego, con una serenidad casi mayestática, nos tiende su mano. Después, nos disponemos a preguntarle:

—¿Qué tiene usted en preparación?

—Tres novelas estoy escribiendo actualmente.

—¿Cuándo escribe usted?

—Me acuesto a las nueve de la noche y me levanto a la una y media de la madrugada. Como hacen las órdenes religiosas. De este modo puedo escribir ajeno a los telefonazos, recados, visitas...

—¿Qué lugares frecuenta?

—Llevo una vida retirada, solitaria, de auténtico eremita. Hace muchísimos años que no voy a ningún espectáculo.

—No voy nunca al cine, por la vista. Apenas visito el teatro.

—Claro, usted tendrá ya cierta edad.

—Insinuamos.

—Cierta edad, no. Una edad antigua. Ya he cumplido los setenta años—dice sonriendo.



DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS

Toda una vida consagrada a la erudición literaria y, aun más concretamente, dedicada a esclarecer la vida del gran dramaturgo del Siglo de Oro Tirso de Molina.

Nos refiere recuerdos sobre sus investigaciones. Le pido una fotografía. Ella reacciona así:

—Hace ya muchísimo tiempo que no me hago retratos. Y en los que me hacen salgo terrible. Hace unos días, en *A B C*, me han sacado con una cara como si fuera una cocinera o una verdulera; ha salido una cosa tosca, absurda... Yo no soy así... Me pasa con esto casi como con la edad. Todo el mundo siente un gran placer en obsequiarnos con años... ¡Y el regalo nos molesta un poco, francamente!—exclama sonriente.

—Pues es tonto, doña Blanca. Usted, una literata, cuya biografía figura en el *Espasa*...

—También tiene equivocados los datos... No crea usted que no resulta amargo llegar a esta edad, para oír a las gentes, con más o menos delicadeza, que una es ya una anciana...

Rodríguez Marín, Baroja, «Azorín», Blanca de los Ríos, Benlliure, Natalio Rivas, Carlos María Ocantos y Loreto Prado con unánimemente trabajando con incansable afán.

Declaraciones fugaces de una encuesta periodística

Por JOSE ALTABELLA

Cuando en la vida se han alcanzado edades avanzadas, generalmente las personas que gozan este señalado privilegio se entregan ya a un descanso, que les hace vivir un poco pasivamente, acomodando a las gastadas naturalezas a una quietud impuesta por los años. Son esas ancianidades ya dadas a la flor de recuerdo, gastadas en el silencio tranquilo de una felicidad familiar.

Pero frente a estas longevidades que han desertado de la lucha diaria, se presentan otras cjemplares fecundas, con vibrante savia y vigorizadas por el aliento creador.



DON MARIANO BENLLIURE

Tenemos ante nosotros ese rostro popular de don Mariano con sus largas patillas de pata de conejo y el mostacho de mosquero. Viene de trabajar y en traje de faena, por lo tanto unas gafas negras y un abrigo de anchas alas. Y unas manos callosas, de durezas firmes, robustecidas en el ejercicio continuado de un laborar sin tregua ni descanso.

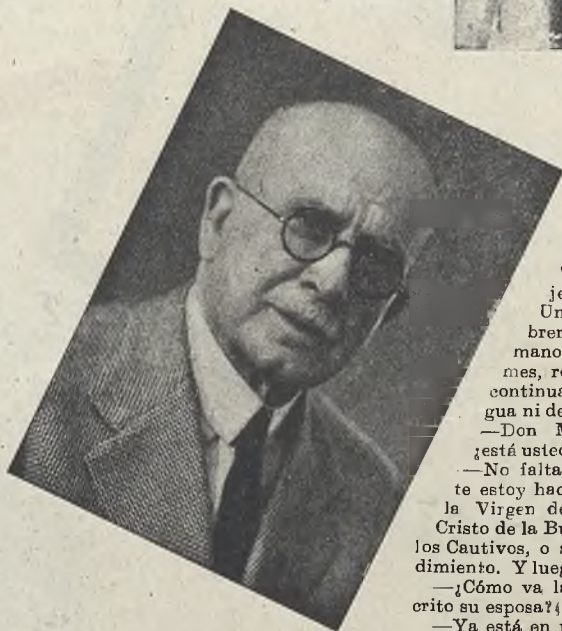
—Don Mariano—preguntamos—¿está usted preparando mucha obra?—No falta labor nunca. Actualmente estoy haciendo un Cristo yacente de la Virgen de La Seo, una Soledad, el Cristo de la Buena Muerte y el Cristo de los Cautivos, o sea el Nazareno del Predicamento. Y luego, nueve o diez retratos.

—¿Cómo va la biografía, que le ha escrito su esposa?—

—Ya está en prensa. Benlliure, que a pesar de sus setenta y nueve años es todo un niño—igual sensible, bondadoso y emotivo—, pone en su garganta trémolos de emoción. Habla con la vehemencia feliz de un alma iluminada. Síntese renovado, juvenil, entusiasta, optimista...

—¿Hace mucha vida social, don Mariano?—

—También, también hago. Voy a las ladas, a fiestas, visito a las amistades. Presido las reuniones de la Asociación de Escritores y Artistas, acudo los lunes a las sesiones de la Academia de Bellas Artes de San Fernando...



DON NATALIO RIVAS

El acento granadino, de un suave ceceo andaluz, del simpático escritor don Natalio Rivas tiene, con el incentivo de las evocaciones históricas, una vigorosa nota de valor humano. El antiguo ministro de Instrucción Pública es un auténtico archivo viviente; nunca más justa la celebrada metáfora. Es un cronista metódico y honesto, imparcial y sereno. Gustamos de oírle en sus relatos anecdóticos del siglo XIX y principios del XX. ¡Siempre tiene algo interesante que contar don Natalio!

—¿Qué hace usted actualmente?

—Ya ve, hijo, lo de siempre. Ordenando mis papeles, catalogando mi archivo y escribiendo artículos para el *Diario de Barcelona*, para el *A B C* y para el *Semanario Domingo*... Salgo poco ahora. No me apetece... Y luego, entre el humo de nuestros pitillos, la charla se esfuma por cauces privados... Al despedirme hoy de don Natalio recuerdo las palabras que me evocó nada más conocerme: «Mussofín dijo que la vejez es una enfermedad que todos sufrimos irremediablemente, y que sólo se cura con el tiempo. Y tal vez sea verdad...»